

UN MALESTAR INFANTIL EN LA CULTURA; DETERMINACIONES CULTURALES AL SUFRIMIENTO PSÍQUICO EN LA INFANCIA¹

José Ignacio Schilling Richaud²

A través del presente trabajo pretendo compartir una reflexión respecto del lugar que el niño ocupa en la cultura, y, desde esta perspectiva, pensar en las manifestaciones actuales del sufrimiento psíquico. Desentramar el discurso que la cultura despliega en torno al niño y que produce un modo particular de entender y de relacionarse con la infancia en la actualidad.

El punto central es qué lugar le otorgamos a lo social en la constitución subjetiva y si pensamos en una estructuración psíquica regida por lo pulsional y la fantasía o si tenemos en cuenta las marcas de vivencias y la incidencia de los otros en esa constitución. El lugar desde donde me sitúo para pensar este asunto se sostiene desde la noción de que todo ser humano se constituye en una historia y que en esa historia no es indiferente el grupo social del que forma parte ni el momento histórico en que vive, lo que a mi juicio es determinante en la organización pulsional del sujeto.

Como punto de partida y a modo de referencia, cabe mencionar que la agenda gubernamental, desde el año 2000 a la fecha, respecto de la construcción de políticas públicas referidas a infancia, ha marcado un potente interés por parte de los gobiernos posteriores al régimen militar, específicamente, a partir del gobierno del ex presidente, Ricardo Lagos. Han sido políticas públicas en materia de salud mental infantil, educación y protección a la infancia vulnerable, haciendo alusión a tratados y convenciones internacionales que buscan dar un lugar preponderante al niño en la cultura actual.

El plan nacional de salud mental y psiquiatría (MINSAL, 2000) establece las acciones en el área de salud mental para el decenio 2000 – 2010 en cuanto al trabajo en salud mental pública y privada y establece una serie de prioridades que rigen hasta hoy y que, las referidas a infancia son las siguientes:

- **Trastornos de salud mental asociados a la violencia: maltrato infantil, violencia intrafamiliar y represión política (1973 – 1990)**
- **Trastornos de hiperactividad / desatención en niños y adolescentes en edad escolar**
- **Trastornos psiquiátricos severos / Esquizofrenia**
- **Abuso y dependencia de alcohol y drogas**

1 Trabajo presentado en las 27ª Jornadas Interregionales de Niños y Adolescentes, FEPAL, Santiago, Chile, Noviembre de 2015.

2 Psicólogo clínico, Psicoanalista en formación. Sociedad chilena de Psicoanálisis (IChPA)

Una vez que Chile ratifica la convención sobre los derechos del niño, se torna en una exigencia asumir estos principios y plasmarlos en acciones concretas para que en nuestro país se respeten los derechos de los niños, que dan origen a políticas públicas en temas de filiación, adopción, salud mental, educación y más (Abarzúa, 2007).

Sin embargo, por sobre un discurso manifiesto que construye una noción de infancia humanizante, de niño como sujeto de derecho a la vida y con ello, a ser considerado en su dimensión subjetiva, la cultura vuelve a dar cuenta de ese otro discurso latente por medio del cual las instituciones, aparatos del estado y todo individuo que la conforma, somos hablados.

Un ejemplo de ello, son los programas de salud mental referidos a infancia, cuyo abordaje se enmarca en problemáticas conductuales, déficit de atención y trastornos hiper-cinéticos, que Abarzúa, en función de ello, plantea lo siguiente; “resulta original, entonces, la preeminencia que el Estado de Chile otorga a los trastornos hiper-cinéticos y de la atención, considerando que la OMS ni siquiera los menciona como prioridad en salud mental para la población infanto-adolescente” (2007, p.86) y que podríamos hipotetizar que se instalan como mecanismo de prevención del comportamiento disocial, lo que da cuenta de que, en la práctica, la dirección de la institución va orientada a controlar el desborde, pero sin preguntarse respecto de algún malestar subjetivo subyacente.

Todos estos esfuerzos por integrar al niño, por producir un discurso cultural legitimador respecto de la infancia y sus demandas, orientado hacia su protección, en la práctica vemos que la cultura es hablada a través de los discursos de poder y en vez de producir cambios sustanciales, se repite el lugar de la infancia invisibilizada como un tiempo de la vida donde también se sufre.

Se plasma en la praxis de aquellas instituciones relacionadas con infancia, que el foco de interés transita por el control de una amenaza permanente de desborde, de un niño que se presenta a los ojos adultos como un objeto a intervenir, a exigir y modelar de acuerdo a lo que se desea y, para ello, la sociedad actual utiliza la farmacología como mecanismo que acalla la posibilidad de pensar algo del orden de un sufrimiento en el niño o la posibilidad de preguntarse algo a propósito de su actuar, imponiendo respuestas estandarizadas a preguntas nunca formuladas.

Si bien en el discurso se pretende alcanzar un grado de legitimación del niño y reconocer en él una subjetividad particular a propósito de reconocerlo como sujeto de derecho, en la práctica, parece inevitable desarrollar todo un aparataje de control desubjetivante, en tanto que apunta a la búsqueda de soluciones inmediatas, estandarizadas y dirigidas al forzamiento del niño a la adaptación a un entorno que, a priori, se define como

adecuado. Pues la noción de “eficiencia” toma al sujeto desde los diversos ángulos del entramado social, cuyo funcionamiento modelo sería el de la máquina, pues lo que parece importar es la capacidad de producción del futuro adulto, es decir, que el niño rinda o se encamine a ello. Hoy resulta muy difícil tolerar el sufrimiento propio y ajeno. La sociedad necesita que todo el mundo esté en condiciones de producir y consumir.

De este modo, la medicación de la infancia, el aumento de horas en la jornada escolar, centros de protección a la infancia vulnerable, si bien surgen desde un discurso reivindicativo, en la práctica, opera como mecanismo de control.

De acuerdo a lo anteriormente dicho, podríamos entender como manifestaciones actuales de sufrimiento o psicopatología de la actualidad, el problema conductual, el trastorno oposicionista, la desatención, la tendencia al acting, a propósito de una sociedad que no puede escuchar, y del mismo modo un niño que tampoco puede, por tanto, instalar el malestar en un discurso, ser nombrado y simbolizado, quedando confinado a la corporalidad del movimiento, el acto impulsivo y la desatención, produciendo un borramiento de las determinaciones históricas e intersubjetivas al surgimiento del sufrimiento.

Educación, Penalización, Medicación, son dimensiones por medio de las cuales la cultura ejerce un poder de control que silencia la posibilidad de considerar justamente aquello para lo que se crearon estos dispositivos, es decir, la integración, protección y finalmente constatación del niño como sujeto.

Tal parece que lo que en verdad preocupa al discurso cultural es la prevención del desajuste y que el niño es visto siempre como un individuo a corregir, puro comportamiento destinado a responder al requerimiento de las instituciones, porque la cultura debe cumplir con un mandato de auto preservación y para ello despliega y ejerce su poder para coartar la agresión que le es antagónica, entendiendo el desajuste conductual como una manifestación de lo tanático en tanto aparece dispuesto a dar satisfacción a aquellas pulsiones domeñadas y reprimidas por la cultura. Después de todo, una de las tesis centrales de *El malestar en la cultura* (Freud, 1930) plantea que lo más temible para el ser humano es lo que le asecha desde dentro, desde el interior de nosotros mismos y que se origina en esa fuerza destructiva que Freud llamó pulsión de muerte y al parecer, las representaciones de lo infantil pasan a ocupar el lugar de lo primario en la cultura y surgiendo entonces diversos mecanismos de control, como un modo de mantener a raya o reprimido aquello que es del orden de lo pulsional en nosotros mismos. Desde aquí se puede pensar todo el aparataje tecnológico – científico orientado al control de la infancia, que se despliega en un acto violento que niega la diferencia del sujeto.

Es verdad que todo niño debe hacer un acto de renuncia, asumir la castración y ser sujeto de cultura para obtener algo de ella, pero la intolerancia de la cultura para esperar ese momento, no respetar un tiempo lógico, a la vez que se fuerza hacia una normalización estandarizada, negando al sujeto en su particularidad, da cuenta de un acto violento des subjetivador, que de manera evidente manifiesta resabios de una percepción de la infancia que apela a lo natural, exento de inhibición, intrínsecamente perverso, que debe ser educado, corregido, enderezado. La violencia de las instituciones, en tanto forma coercitiva de ejercicio de un poder parece ser signo de una impotencia correlativa a la imposibilidad de escuchar la palabra del sujeto niño y a la vez de escuchar eso de lo infantil que habita en cada uno.

Si bien, de acuerdo con Freud, la vida civilizada es una transacción y para conseguir algo hay que perder otra cosa, es parte del ejercicio coercitivo que ejerce la labor cultural al imponer al niño una renuncia a determinada porción de satisfacción lo que siempre deja como resto el malestar al que el ser humano se ve enfrentado, pero como efecto del neoliberalismo, el sufrimiento del niño en la actualidad, se ha transformado en un reducto de la biología y se niegan las determinaciones históricas de ese sufrimiento, ejerciendo una des subjetivación del ser humano que lo empuja a la puesta en acto de un malestar del niño en la cultura que es dado a ver en lo conductual, agresivo, oposicionista, suicida, al obturar toda posibilidad de pregunta. Porque, en palabras de Rozitchner, "No se trata de que el niño se rinda, débil, al más fuerte, y de allí derivemos luego el reconocimiento del poder y de la fuerza del sistema que, adulto, se prolongará sobre él. No. El niño libra una lucha a muerte, y de esa lucha resultará más tarde su vida: como adaptación, neurosis, locura o rebelión" (2013, p. 262).

Desde esta perspectiva, podemos explicar el aumento explosivo de depresión y suicidio infantil en Chile que, de acuerdo al MINSAL (2013), "entre los años 1995 a 2009, Chile ocupó el segundo lugar (entre países miembros de la OECD) con mayor tasa de mortalidad por suicidio" (p. 4) pues, no parece haber espacio para escuchar algo más allá del síntoma de los niños. Tras este intento por adaptarlo, cancelamos la posibilidad de ofrecer un entramado representacional que permita al niño poner en palabras, para finalmente reconocer y elaborar algo del orden del sufrimiento subjetivo.

De esta manera, la cultura introduce al niño en el sistema y parafraseando a Rozitchner (2013), lo individualiza forzando a la represión de la agresión, quedando ésta en el ámbito de la fantasía, sin posibilidad de salida por la representación, forjando su propia amenaza de destrucción en la medida en que no haya espacio para la significación.

Se le exige al niño un ritmo para la elaboración de la separación, para la adaptación y, en general, ante todas aquellas situaciones que le producen dolor, como si existiera una fantasía generalizada de que, al dar espacio para dar cuenta del dolor, pudiera inundarlo todo de una angustia insoportable. Hay que funcionar bien a toda costa, pues el reconocimiento del dolor parece contraponerse al mandato de felicidad imperante. Bajo este escenario, el quehacer del psicoanalista se ubica en un lugar francamente subversivo, en tanto se instala en una sociedad tomada por los logros y la eficiencia, pretendiendo encontrar soluciones rápidas que silencien toda expresión de malestar, abriendo un espacio para la escucha y significación del sufrimiento de niños y padres. Por principio, el psicoanálisis se opone a toda violencia, en tanto manifiesta el respeto más radical por la palabra del sujeto y es aquí donde se distingue su ética y se diferencia su clínica.

Sin embargo, resulta importante estar advertidos de no caer en la ingenuidad de creer que el psicoanalista estaría excluido de las determinaciones dadas por la cultura, pues todo aparato ideológico ejerce un recorte y plantea un límite a nuestra escucha en tanto no es posible pensarse por fuera de los límites de la cultura.

Es necesario ilusionarnos con proyectos políticos que incluyan la posibilidad de que los niños sean más dueños de su propia vida y, es necesario también, que reflexionemos sobre cómo contribuimos en nuestras propias prácticas al maltrato y enajenación que viven los niños, para abrir así espacios a su legítima subjetivación.

Bibliografía

- 1.- Abarzúa M y González M (2007). *Salud mental infanto-juvenil como problemática pública*. Revista de Psicología, Universidad de Chile. Vol. XVI, N° 2.
- 2.- Freud S (1930). *El malestar en la cultura*. A.E. 21.
- 3.- Ministerio de Salud (2000b). *Los objetivos sanitarios para la década 2000 – 2010*. Santiago: 1. División Rectoría y Regulación Sanitaria, Departamento de Epidemiología.
- 4.- Ministerio de Salud (2013). *Situación actual del suicidio adolescente en Chile, con perspectiva de género*. Programa Nacional de Salud Integral de Adolescentes y Jóvenes.
- 5.- Rozitchner L (2013). *Freud y los límites del individualismo burgués*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.

Email: joseignacio.schilling@gmail.com